

**A nuestra vera
Dr. Rafael Polanco Delgado**

El hombre, ser relacional

El hombre es un ser eminentemente social, es nostalgia y búsqueda de comunión, somos gregarios por naturaleza. Esta especie de argamasa o cemento que nos une e integra en cualquier grupo, como se acoplan y fijan entre sí los ladrillos de una construcción, es la razón de nuestra existencia, es el amor o - lo que es lo mismo - el intrínseco deseo de dar y recibir, de entregarnos a los demás. De esa forma nos sentimos recompensados, y de ahí se deriva la imperiosa necesidad de relacionarnos con los demás: ese es el meollo de la interacción humana.

Desde que nacemos nos es imprescindible el sentirnos amados entre los brazos de nuestra madre, viviendo, captando paulatinamente el calor familiar: sin él no podemos subsistir. Es al percibir el amor, al sentirnos acogidos y vinculados, cuando podemos desarrollarnos en forma armónica, física, intelectual y espiritualmente.

“No es bueno que el hombre esté solo”

El punto de partida de esta reflexión es: “No es bueno que el hombre esté solo...” (Génesis, 2,18) y en nuestro anhelo radical de felicidad, marcados y condicionados por nuestra sexualidad y en la búsqueda existencial de realizarnos como personas, de alcanzar nuestras aspiraciones espirituales, contamos en primera línea con nuestra pareja, y enseguida con nuestra familia, con nuestro círculo de amistades, con nuestro equipo ya sea de trabajo o de cualquier otra índole; en otras palabras, creamos, compartimos, nos sentimos solidarios, integramos, y todos formamos parte concreta de un conjunto social, de una polis, de una región y de una cultura.

Calidad de la relación

Pero no todos somos iguales, el valor de una persona, su capacidad de relación y entrega, su disponibilidad para amar se puede medir por su desprendimiento interior, por la donación de sí mismo y es que el hombre recibe y da en forma simultánea y esto no solamente es para nosotros una obligación sino también es un deber ineludible. Si la persona se distingue por una actitud de servicio y de entrega, si apoya, si da seguridad, protege, encuentra soluciones, hace crecer a su prójimo de alguna forma, y en el más amplio sentido de la palabra en cualquier dirección, su grupo social lo detecta con rapidez y no tardará en recompensar con creces esa disposición positiva; malo sin embargo si escatima sus aportaciones en el ámbito social en el que convive y labora, si se aboca erróneamente a un egocentrismo sin respuesta equitativa, anteponiendo intereses personales a los comunitarios: tarde o temprano esta postura será percibida como negativa y se sentirá rechazado dentro de ese grupo, como un ente nocivo e inútil del que se puede prescindir. Esta es una ley universal y no exclusiva de la raza humana, la detectan los naturalistas en todos los seres vivientes.

Comunicación y afecto

En el plano de la interrelación humana aparecen patrones de comunicación. Se trata de normas y conductas rituales, valores y muestras afectivas destinados al sostén y al reforzamiento de la estructura social del grupo; consisten en señales de aceptación algo más concretas de lo habitual, es la amistad y el afecto que fluye, no rara vez, en forma

espontánea entre determinadas personas, es algo que simultáneamente también se da y se recibe y que adquiere mayor relevancia en circunstancias concretas como en la niñez, en la ancianidad y en la enfermedad. Realmente, todos aquellos que, dadas sus circunstancias, tienen una necesidad particular de ternura, tienen más derecho a ella.

Con la ternura, como arte de “sentir” a la persona a nuestro lado en su totalidad, como manifestación de sensibilidad y aceptación para con los estados anímicos del prójimo, satisfacemos y damos pábulo a nuestras necesidades de afecto y ello nos permite sobrepasar, ampliándolos sin medida, los límites de una relación de tipo meramente sensual.

Estas señales específicas de particular respeto, aceptación, y de predisposición afectiva se pueden manifestar hacia el exterior a través del aplauso, el fuerte apretón de manos, el saludo cordial, el abrazo, etc. Son lo que algunos llaman “caricias psicológicas”, pero en forma más inmediata, ya dentro de la unidad social que constituye la pareja, está siempre presente la caricia íntima, la ternura cristalizada entre los dos.

Podría considerarse la caricia como el paradigma, dentro de nuestra actitud afectiva interior, de una relación bipolar de mutua entrega y recepción, por tanto también *transitiva*, por la transferencia afectiva que le acompaña, incluso *reflectiva*, porque el donador recibe de regreso el afecto entregado, también *simétrica* ya que se alcanza un equilibrio a alto nivel emocional dentro de esa bipolaridad. En última instancia, es necesario resaltar el carácter de “proximidad”, si acariciamos, ya sea con la mano, con la mirada, con la sonrisa o con el alma, podemos decirlo todo y la cosecha puede resultar de un valor incalculable. De esta forma la caricia “lubrica” la convivencia, mantiene la interna predisposición a la búsqueda permanente del ser amado, y es fundamental en el arte de amar. Por sus características puede estar ubicada, en determinadas circunstancias en un nivel superior al lenguaje oral y es que mediante cierta tácita complicidad, que no puede manifestarse en forma espontánea más que por aquellos que la comprenden y sienten, una caricia, una breve mirada o un gesto a veces pueden expresar algo que en circunstancias normales necesitaría un prolijo discurso.

Tal vez sea aquí, en esa bipolaridad, en donde podemos descubrir una de las más armónicas y sutiles relaciones entre el intelecto, el espíritu y el *soma*, ya que estos tres elementos juegan, se recrean y se manifiestan perfectamente sincronizados en esa acción, desencadenando una cascada emocional de dulzura y suavidad capaz de colocar a la pareja en los más elevados niveles del espíritu.

La ternura facilita la construcción de una atmósfera interior de equilibrio y mutua comprensión. La mujer, con una vida afectiva más rica que la del hombre, experimenta mayor necesidad que éste de cariño y ternura, a través de ella se convence de que su vida es compartida, de que es amada, se siente acompañada y protegida, no está sola. Sin embargo, no rara vez, la ternura del hombre, aunque primordialmente sea similar a la de su pareja, puede implicar cierto sacrificio y renuncia, y por tanto puede conllevar un valor añadido a ésta.

Colofón

Muchos olvidamos lo importante que es para nosotros el hecho de que el otro esté a nuestra vera.

Muchos olvidamos la trascendencia del simple contemplar al ser amado.

Muchos olvidamos lo que una sencilla sonrisa nos puede ayudar.

Muchos olvidamos lo pobres que seríamos sin el otro.

Muchos olvidamos que vivir es donarnos al otro.

Muchos olvidamos que el otro es un regalo de Dios.